

INTRODUCCIÓN

Le bastó su debut en *Los últimos serán los primeros*, aquella antología de novísimos narradores cubanos preparada por Salvador Redonet a inicios de los años noventa —cuando ella apenas había cumplido los veinte años—, para convencer a tirios y troyanos. Aparecer en aquel momento fue un riesgo que no todos supieron sortear. Varios de sus contemporáneos abandonaron la literatura; otros permanecieron anclados en temas y fórmulas que entonces parecían novedosos y audaces pero que pronto se agotarían. Ena Lucía Portela, sin embargo, supo sorprender y, a la vez, hallar una voz propia y serle fiel contra viento y marea.

Desde entonces, un puñado de cuentos y novelas la situarían entre las mejores narradoras latinoamericanas (o para ser más preciso, entre los mejores narradores latinoamericanos) de las últimas dos décadas. Tengo la impresión de que Portela cumple un ambiguo papel en la literatura cubana: por un lado, señala un camino a seguir, se inserta en una corriente compartida y contribuye a reverdecerla; por el otro, se desmarca de cualquier tendencia probada, explora, y se proyecta como una *rara* de la tradición. Quizás ello se vea acentuado por la posición esquivada —salingeriana— que Portela ocupa dentro del ámbito literario nacional. En un medio bastante endogámico y en que los autores suelen exponerse a la luz pública, la presencia-ausencia de Portela refuerza su enigmática condición literaria.

Esta entrega reúne una decena de textos dedicados a su obra, incluidos los de algunos de sus más sólidos estudiosos. La música popular, la intertextualidad, la representación femenina, la enfermedad y su metaforización, el uso de la literatura policial, el homoerotismo, la ironía, lo marginal, la teoría queer y su traducción en la América Latina, el papel de elementos cinematográficos y el uso de ciertos paratextos, son algunos de los temas presentes en la obra de Portela abordados en las páginas que siguen.

Más allá de esos acercamientos puntuales, lo cierto es que sus novelas y cuentos son el espacio donde se discuten algunas de las más profundas preocupaciones de la sociedad cubana de hoy —aun si el referente es el París de entreguerras—, sin renunciar al humor que define la mayor parte de su obra. Alguna vez afirmé que *Djuna y Daniel* era una de las más consistentes reivindicaciones del insulto que conociera la narrativa cubana. En cierto sentido, tal definición puede servir para la obra toda de Portela, empeñada en insultar a diestra y siniestra, a autoridades y a colegas, a convicciones y lugares comunes, y a obtener de ahí —si se me permite el oxímoron— ese grato revulsivo que es su obra.

Jorge Fornet